

## No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

### No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

Los caminos, las vías de comunicación han estado siempre presentes en todo grupo humano. Por nuestro territorio atravesaba una importante vía de factura romana; iba de Burdeos a Astorga ( Ab Asturica Burdigalam); sirvió siglos después como primitivo camino de Santiago.

Además de esta calzada ( Erregenbidezar), había otras de menor importancia, que contemplaban la red de comunicaciones, para dirigirse al mar, a las minas de hierro, a las ciudades importantes a la zona de Tierra Estella. La entrada del complemento cerealista y el suministro de vino se hacía por la magnífica obra que partía de Bakaikoa, pasando por Bidezabal, Portuzar o Goikobideberri, Kalzada, tximua y de Lizarraga, variando el recorrido obligado desde hacía cientos de años; probablemente se trataba también de un vial de trazo romano, recompuesto principalmente en época de Carlos III.

Este nuevo camino real o calzada, es decir la actual carretera a Estella, ofrecía un recorrido más cómodo, más rápido, pero igualmente inseguro ante los aficionados al santo y seña de la "bolsa o la vida".

Se les conocía con el nombre de salteadores de caminos, bandidos, facinerosos o malhechores.

Los había que actuaban en cuadrilla, llegando en ocasiones su atrevimiento a actuar contra las ventas, posadas y postas. Después de las épocas de guerra, tan repetidas durante el siglo pasado, siempre quedaban algunos que le habían cogido el gusto al trabuco y que se resistían a volver al jornal o a sacarse las castañas del fuego por su cuenta.

Famoso fue el robo de San Miguel, la figura de Napartxiki o la cuadrilla de 1822 que andaba por la Barranca a mesa puesta, entrando por los pueblos a tiro limpio.

Hechos de menor importancia y más esporádicos se sucedían contra los viandantes y arrieros, que veían volar su dinero o el fruto de su trabajo en cualquier traspiés.

Uno de estos puntos negros se centraba en el tunes de Lizarraga, sobre todo antes de llegar a él y después de pasar Zunbeltz.

El arriero era un hombre curtido en el trato de las personas y de los animales. No solía ser presa fácil, pero aun así solía afirmar un viejo en el oficio, que quien

## No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

---

hubiera transitado habitualmente por este paraje de la Sierra, y se fanfarronee de no haber sido asaltado alguna vez, mentía descaradamente. Sufrir un asalto no suponía una merma en el valor; era un simple negocio, que había salido rematadamente mal.

Las precauciones, que se tomaban a la hora de esconder el dinero, venían dictadas por el ingenio de cada quisque: servía la faltriquera, los dobles forros, arneses de las caballerías, dentro mismo de una barrica de vino, un suplemento en el carromato y mil modos más.

Puede decirse que todos los trucos para engañar a los ladrones estaban en ensayo; lo difícil era que éstos no se los conocieran, aunque el salteador no parece que haya sido en general una persona brillante por su inteligencia; sino todo lo contrario, siendo una actividad al alcance de cualquier despotenciado. Gentes que estaban cultivando sus campos en la misma Sierra, varios kilómetros antes de llegar a Zunbeltz viniendo a Estella, veían pasar a los arrieros; es fama que desaparecían del campo y se presentaban de improviso en una curva del camino dispuestos a tirar de navaja.

Nuestra pequeña historia, no por ser pequeña menos verdadera, empieza propiamente en Zunbeltz; allí había entrado a echarse un bocado y un trago Pedro Armendariz. Venía desde Zirauki trayendo dos barricas de vino con destino al depósito municipal. Andaba al día 7 leguas unos 32 kilómetros.

Siempre que pasaba, descansaba un poco junto al fuego, mientras tomaba un caldico, que levantaba la boina; además la parada venía bien al ganado y él se enteraba de precios, cosechas y chismes propios de su negocio.

Conversaron un poco de todo; bien le conocían los venteros y algunos más que allí estaban, como un par de pastores o el escribano real de Abárzuza, que había subido por cuestiones de oficio. Se departía con cordialidad; el tiempo era bueno y la recogida de las cosechas, pasado el verano, hacía respirar con cierta euforia y tranquilidad; septiembre estaba terminado y había en los bolsillos más ruido a chin, que en otras épocas del año.

Dos personas más, que alguna otra vez habían sido vistas en la venta, apenas participaban en la armonía del grupo. Únicamente preguntaron si alguien iba a Etxarri, para saber la distancia o el tiempo que tardarían en llegar. Pedro les comentó que él pensaba llegar alrededor las 6 y que no les costaría más de tres horas hacer el recorrido. Dijeron que venían de Logroño y que al desconocer el terreno preferían salir cuanto antes; pagaron y cogiendo de las bridas las dos mulas, que habían atado a un árbol, se marcharon.

## No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

---

Como no dieron más explicaciones el resto continuó con sus cosas; el escribano, daba muestras de preocupación y por fin le preguntó el ventero, si conocía a los dos viajeros que habían salido. Decía que habían estado, a su parecer, alguna otra vez, pero como los demás no disponía de más recuerdos. Nadie concretaba cosa de fundamento.

Antes de que anocheciera, Pedro quería llegar con su carga y descansar tranquilo de los días de marcha que llevaba a cuentas. Terminó su caldico y salió junto a las dos yeguas, que había dejado comiendo una ración de cebada; les acercó un caldero de agua. Comprobó sus herraduras y organizado el carro, reanudó su marcha.

Llevaba recorridos poco más de un par de kilómetros, rebasando las curvas de Ezpeldegi, cuando sus yeguas pararon sobresaltadas; del borde del camino, entre los bojes salían dos embozados; uno enseñaba un trabuco y el otro un sable que parecía de los húsares franceses; los dos al cinto tenían calada su pistola.

Le obligaron a bajarse del carro y le pidieron el dinero que llevaba; Pedro les dijo que se habían equivocado en el golpe de mano; pues no solo era persona de escasos recursos, sino que incluso sus dineros habían quedado en Zirauki, en pago del vino que traía.

Toda retórica a los dos tracaleros les hacía muy poca gracia; le amenazaron con matarle las callerías en incluso a él mismos si inmediatamente no sacaba la bolsa. En su oficio le dijeron de necesita rapidez; no fuera que llegara algún otro viajero y se vieran obligados a dejar libre el camino.

Pedro comprendió que no podía ir más lejos en sus explicaciones y sacando del kapusai (poncho) una bolsa de cuero negro, tirándola al suelo delante de los dos trabucaires les dijo: " no sabéis cuánto me ha costado a mí este poco dinero que llevo; es vuestro, pero al menos haced el esfuerzo de recogerlo."

Con el golpe, algunas monedas salieron de la bolsa; había más de lo que suponía por lo dicho Pedro. Varias monedas de oro relucían sobre las piedras de la calzada. Los dos saltamatas se agacharon inmediatamente a recoger las monedas y la bolsa. Hicieron exactamente como tenía calculado; tampoco estaba ante el primer atraco de su vida.

Sacó con rapidez un largo punzón, que llevaba escondido en el baste y izas, zas!, dos golpes certeros en las cabezas inclinadas al dinero, terminaron con el sobresalto. El estudiado punzón había entrado en cada nuca de forma mortal; unas convulsiones arrítmicas y dos que habían estirado la parta. Escondió en su sitio el artilugio y recogió lo que pertenecía por oficio y beneficio. Proseguiría su marcha,

## No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

no sin antes levantarse el negro trapo que les tapaba la cara a los maleantes. Ya se lo había sospechado en la venta; eran los que habían preguntado por la distancia Etxarri; le habían tomado la delantera con la excusa de llegar de día por desconocimiento del recorrido.

Por un momento pensó cargarlos en el carro; podría tratarse de dos forajidos, buscados por la justicia y haría bien en presentarlos al alcalde de Etxarri; incluso podría percibir alguna recompensa.

Apartó pronto estos pensamientos de su cabeza; ni los retiró del camino, ladeó lo suficiente el carro y allí se quedaron. No quería líos de ningún tipo.

Se secó el sudor, respiró hondo y sin montarse se puso delante, marcando un paso más rápido de lo habitual. No era de piedra y los nervios le empujaban hacia casa y quería llegar cuanto antes. Ni paró en Lizarraga ni se detuvo con nadie en Etxarri a comentar el suceso vivido. A nadie, ni en su propia casa, habló de anormalidad alguna del viaje.

Al día siguiente corrió la noticia de la aparición de los cadáveres en Ezpeldegi. Los comentarios se acercaban con bastante realismo a lo ocurrido; que se trataba, sin duda, decían de dos salteadores, que habían muerto en la práctica de su oficio; y, cosa extraña, no presentaban signo alguno de violencia.

Los pocos que sabían que Pedro había pasado por allí el día antes le preguntaron por el suceso, si sabía algo, si los había visto; él contestó que había hecho solo el viaje y que, en todo caso, nadie podría imaginar, que se atreviera desarmado a enfrentarse a dos pájaros avezados, según se decía, y tan bien armados.

Así disipó la curiosidad y las dudas de los más; algunos quedó con la sospecha días después por los detalles, que se dieron desde la venta Zunbeltz, pero con ella se hubo de conformar.

Muchos años más tarde, viejo y retirado de vida tan sufrida, les contó la verdad a los nietos, que le escuchaban atónitos; aun guardaba el punzón de aquella tarde ingrata en un rincón de la cuadra. Le penó habérselo dicho, pues tuvo que ir a por él, para calmar la curiosidad de los jóvenes. Lo tenía en sus manos, cuando una gran tristeza le sobrevino de pronto y le saltaron las lágrimas- Lo nietos, que se dieron cuenta, le decían que hizo muy bien, que eran malos y que ellos, si vivieran en una situación parecida, harían lo mismo.

El viejo Pedro les contestó que lo único, que les deseaba era que no les tocara el mismo caso y dejó caer el terrible punzón entre la llamas del fuego bajo de la

## No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana

cocina. Les pidió que mientras el viviera a nadie le contaran aquella historia. Así se lo prometieron y quedó más tranquilo.

Cumplieron su palabra y ni al mismo abuelo le volvieron a recordar aquellos dos muertos desconocidos de las curvas de Ezpeldegi.

No le preguntes al arriero si pierde o si gana; si vuelve, gana